

# El gran problema de esta historia era cómo contarla

*El año del verano que nunca llegó*

William Ospina  
Penguin Random House  
Bogotá, 2015



Tomado de [goo.gl/RwXaij](http://goo.gl/RwXaij)

Los días del verano que nunca llegó en 1816 —debido a los trastornos climáticos causados por la erupción en Indonesia del volcán Tambora—, cuando del 16 al 19 de junio se hospedaron en la villa Diodati, cerca del lago de Ginebra en Suiza, Lord Byron, Mary Wollstonecraft Godwin, Percy Bysshe Shelley, Claire Clairmont, la condesa Potocka, Matthew Lewis y John Polidori (entre otros), y allí, en medio de una atmósfera fantasmagórica, Lord Byron propuso que cada uno escribiera una novela de terror. Así nacieron entonces y para siempre *Frankenstein o el moderno Prometeo* de la después conocida como Mary Shelley, y *El vampiro* de John Polidori, que han sido suficientemente narrados y explorados. Hasta hoy. Y lo seguirán siendo.

¿Cómo volver a narrar, entonces, “historias tan viejas que estaban ya cubiertas de musgo y retorcidas como raíces”? ¿Cómo volver a narrar lo que ya se sabe, lo que ya ha sido explorado y estudiado hasta la saciedad? Una de las más fascinantes versiones de los últimos años es *Fake* (2003), del cubano Alberto Garrandés.

William Ospina (Padua, Colombia, 1954) encontró la respuesta al ver que la única manera posible era no inventar nada y hacer de los azares biográficos, temporales y geográficos, la materia de un viaje perso-

nal alrededor de la historia, la geografía, los lugares y los libros que rodean los sucesos de estos tres días.

No solo ignoramos para dónde va sino que a cada giro todo en ella se mezcla con todo y los protagonistas más apartados se juntan de pronto sin que nadie haya pretendido unirlos, como si todo obedeciera a una conjura secreta, a un plan oculto gobernado por alguien, que traza rutas secundarias en los planos del laberinto, que superpone sombras y transparenta espejos y duplica destinos.

La clave está en reconocer que “nadie es capaz de reconstruir una historia si no hay hilos secretos que la enlazan con su propia vida”. Los vasos comunicantes nos llevan a un recorrido del cual no podemos ni queremos desprendernos, pues al reconocerlos nos reconocemos. Ese es el gran logro de este libro (¿novela, diario de viajes, autobiografía, ensayo?): hacernos partícipes de la investigación y contagiarnos de la misma curiosidad y extrañeza que habitan al autor.

Descubrimos que nada es gratuito, que todo sucede por algo, que cuando un tema (o cualquier cosa) nos obsesiona no hay que buscarlo, pues siempre llega a nuestro encuentro, se topa y cruza con nosotros, nos rodea, porque de alguna manera extraña estamos destinados a él. “El radar

del azar” (como escribió el poeta Armando Orozco) es algo que no debemos esperar o comprender, sino más bien ver. Y en *El año del verano que nunca llegó* se trata, sobre todas las cosas, de que al mirar “esos fragmentos muertos que había que ensamblar para tener una noción de la vida” descubrimos que las fuentes de las que salen las historias se nutren tan solo de tiempo. Y el tiempo y lo que hagamos con él y en él es lo que define nuestra vida.

Vale la pena adentrarse en los meandros de esta historia. Saldremos llenos de

dudas y preguntas que nos llevarán a otras lecturas, porque todo se relaciona con todo. La clave, el secreto, está en querer ver la figura.

P. D.: Para este librero fue un placer descubrir que la biografía de Lord Byron de André Maurois, publicada por la Editorial Aguilar, que le consiguió hace años al autor de este libro cumplió su cometido en este viaje fantasmagórico e infinito.

ÁLVARO CASTILLO GRANADA

---